



▶ 26 Junio, 2016



● El barrio de barracas del litoral de Barcelona desapareció el sábado 25 de junio de 1966 porque el general Franco iba a presidir unas maniobras navales

El mito del Somorrostro pervive medio siglo después

RAFAEL VALLBONA BARCELONA
Hoy se cumplen 50 años de la desaparición del Somorrostro. Franco debía presidir unas maniobras navales y el decorado de miseria de las barracas del litoral barcelonés afeaba la vista. Pero el Somorrostro es parte de la mitología urbana de la ciudad. Cuántas historias y leyendas se han contado de este lugar. El exiguo recuerdo de la fuente de Carmen Amaya es uno de los escasos vestigios, y aún dudoso, del pasado suburbial de Barcelona.

El nacimiento del barrio del Somorrostro, ubicado en una estrecha franja de playa encajonada entre el mar, los muros de la fábrica del gas, el hospital de los Infecciosos (hoy Hospital del Mar), la riera del Bogatell y la vía del tren, es os-

curo e incierto. Pero lo que no es ni incierto ni oscuro es su final.

El Somorrostro desapareció el sábado 25 de junio de 1966 porque el general Franco iba a presidir unas maniobras navales y a ninguna autoridad local le gustaba que el Caudillo viese aquel barrio de miseria durante las idas y venidas de la armada por el litoral. Y así fue como, en una noche, el barrio dejó de existir después de casi de un siglo de vida.

En un santiamén las 600 barracas fueron derribadas y sus habitantes ubicados en otras barracas provisionales, las mismas que habían servido para cobijar a los afectados por las riadas del Vallès de 1962, mientras acababan de construir el barrio de San Roc, en Badalona, donde fueron alojados. Lo

que no habían hecho las promesas municipales durante años lo hizo, en horas, el miedo a lo que diría Franco.

Pero si el final está claro, su nacimiento no. Entre 1879 y 1887 existen referencias escritas en bandos, licencias de obras e incluso una noticia del *Diario de Barcelona*, que habla de la detención de un individuo que llevaba ropas robadas al lugar llamado Somorrostro.

Las barracas estaban hechas de madera que provenía de cajas de pescado y de un frágil cemento hecho a base de mezclar arena húmeda con los residuos de carburo que la fábrica del gas tiraba a la playa. La puerta era un simple saco.

En aquel tiempo el barrio estaba dividido en dos. El más cercano a la Barceloneta se llamaba el cerro

de los gitanos y era una elevación artificial resultado de los montones de escombros que continuamente se vertían (en 1932 fueron a parar allí todos los restos del derribo de los almacenes El Siglo, incendiados en Navidad). Era el lugar más malsano, sucio y maloliente, y fue desapareciendo parcialmente conforme se construía el paseo marítimo de la Barceloneta, que fue siempre un proyecto inacabado. El otro sector era el próximo al torrente del Bogatell. Sus habitantes se consideraban la aristocracia del lugar, e incluso decían que eran del Bogatell en lugar de decir que eran del Somorrostro.

Administrativamente el barrio estaba dividido en cuatro sectores y, a mediados de los años 50, cada barraca recibió un número según

el sector. Pero pronto se unificó toda la numeración y se pusieron medidas de control para evitar nuevas construcciones, lo que llevó a la corrupción. Si la brigada municipal descubría alguna barraca sin número la derribaba inmediatamente. El jefe era un tipo, llamado *el Picado*, que cobraba bajo mano para permitir que los recién llegados ocuparan barracas con numeración que hubieran quedado deshabitadas. A los nuevos se les permitía levantar un cobertizo provisional con latas, velas y cartones mientras esperaban que se vaciara una de las minúsculas construcciones de obra, por las que se cobraba traspaso. Así el número de barracas se estabilizó durante una larga etapa entre 1950 y 1955, la época en que hubo más habitantes. Eran los tiempos de máximo éxodo migratorio, pues durante estos años el Estado pagaba la mitad del billete del tren a los andaluces que quisieran trasladarse a vivir a Cataluña.

Los pescadores de la Barceloneta nunca vieron con muy buenos ojos a sus vecinos del Somorrostro, porque consideraban que eran competencia desleal. Ellos eran propietarios de la barca o asalariados, pero pagaban impuestos, estaban registrados en la cofradía y se sometían a las leyes de la oferta y la demanda que fijaba la subasta del pescado en la lonja. Sus barcas



Julia Aceituno, que fue vecina del Somorrostro, besó la placa de homenaje al barrio, que se instaló en la Barceloneta en noviembre de 2014.
JORDI SOTERAS

llevaban motores de gasóleo, les hacían mantenimiento y se preocupaban de que fueran competitivas respecto a las de los otros puertos de pesca de Cataluña.

Por el contrario, según los mismos pescadores, los del Somorrostro eran gente sin conocimientos del mar, dado que la mayoría habían venido de las sierras interiores andaluzas. Pescaban cerca de la costa con botes de remo y malvendían el pescado directamente a pescaderos o fondas, sin control de precios ni garantías de calidad.

A mediados de los años 40, cuando se redactó el *Estudio de la Zona Marítima de Barcelona*, por encargo del Ministerio de la Vivienda, la población de chabolistas del Somorrostro que se dedicaban a la pesca era de 228 personas entre los propios pescadores y sus familiares. El redactor del texto destaca «el aspecto pobrísimo de estas viviendas hechas de ladrillo y madera y sin ningún tipo de ventilación, que se agrupan en dos núcleos: entre la Fábrica del Gas y el Hospital de Infecciosos y las de la playa propiamente dicha del Somorrostro». Para los autores del estudio este segundo sector es

aún más miserable que el primero. «Las barracas aquí son casi todas de madera, y la mayoría están construidas sobre pilotes, como los palafitos, para evitar la humedad y las subidas del mar». Dicho estudio reconoce sin embargo, que en este sector casi no viven pescadores, sino «mendigos y gente de la más miserable condición».

Además de la pesca, la gente se dedicaba a realizar trabajos manuales de todo tipo o, los gitanos sobre todo, a hacer de tratantes de caballos, de cesteros o recogiendo chatarra. Los catequistas proyectaban cada domingo una película gratis para los niños.

Con el tiempo, el Somorrostro llegó a ser una pequeña ciudad donde había un poco de todo lo imprescindible para la vida cotidiana de una colectividad. Algunas barracas estaban precariamente acondicionadas como droguerías, carnicerías, lecherías e incluso tabernas donde la gente tomaba la *barrecha* de anís y moscatel.

Los delincuentes habituales, no en mayor cantidad que en otro barrio, trabajaban fuera, y de vez en cuando la Guardia Civil hacía alguna batida para intentar detener a alguno. Durante una época incluso hubo un destacamento de la policía armada en una barraca, pero parece que el dueño del bar que había al lado encontró a su mujer acostada con un agente, y la indignación popular fue tal que el gobernador decidió desistir de su intento de arraigar las fuerzas de seguridad en el lugar.

Al principio sólo había una fuente pública, y se formaban unas colas larguísimas, razón por la cual muchas personas se iban lejos del barrio a buscar agua. Con el tiempo se instalaron tres o cuatro a lo largo de la calle Mayor.

La suciedad y la falta de higiene era el pan de cada día. En 1965 la prensa de Barcelona recogía el caso de un niño de ocho meses que, a pesar de estar dentro de su barraca, una rata se le había comido un pie. El pequeño murió en el hospital. En ningún punto del barrio nunca hubo alcantarillado ni retretes públicos. Las necesidades se hacían en un cubo o en la playa.

A raíz del Congreso Eucarístico, en el año 1952, corrió el rumor de que a los habitantes del Somorrostro se les daría un piso en la barriada que se había promovido con motivo del gran encuentro: las Viviendas del Congreso, pero a la hora de la verdad fue otra promesa incumplida de las muchas que se les hacían a los chabolistas de la Barcelona de aquel tiempo.

La luz eléctrica llegó al barrio en 1955, a razón de un contador por cada 12 barracas. Al cerro de los gitanos, sin embargo, la electricidad no llegó jamás. La escolarización fue obra del apostolado catequista, una circunstancia bien común en aquella época, que recibió un fuerte impulso promotor a partir de 1956. En unos terrenos cedidos por la fábrica del gas, en 1957 los capuchinos de Sarrià constru-

HASTA 20.000 HABITANTES

En 1925, el barrio empezó a crecer. Eran 109 barracas donde vivían 421 personas, la mayoría pescadores. En 1936 había 1.175 barracas. En vísperas de la Guerra Civil, vivían unas 5.000 personas y se dice, aunque no se ha podido comprobar, que incluso había habido un local de Esquerra Republicana de Catalunya.

En 1953, a pesar de la prohibición de levantar nuevas barracas, había 1.332 habitadas por 1.609 familias. Según los inestables censos de la época, en los 50 llegaron a vivir cerca de 20.000 personas, un auténtico y patético récord del chabolismo barcelonés.

ieron una rudimentaria escuela de 53 plazas donde no eran aceptados los gitanos porque, según decían, no se podían integrar. Los salesianos hicieron aproximadamente lo mismo en el sector de la colina de los gitanos. Los servicios médicos existieron desde 1949, cuando el doctor Calafell creó un dispensario donde se atendía una vez por semana previo pago de un duro. En aquella época, el tracoma, el reuma y las afecciones pulmonares eran enfermedades habituales en el barrio.

El arzobispo Modrego visitó en una ocasión el Somorrostro, fue el 30 de diciembre de 1957, para inaugurar la escuela de los capuchinos. Su visita a los suburbios fue cosa de los activos miembros de la Juventud Obrera Católica del barrio, una treintena de chicos que se reunían en una choza para jugar a las damas, hacer alguna excursión y, sobre todo, reflexionar. Según dicen algunos de los que fueron a aquellas reuniones, comprendieron allí que su desastrosa situación no era normal, sino que eran víctimas de una enorme injusticia. Pero la desaparición del Somorrostro no fue una acción destinada a acabar con la injusticia social, como ya hemos visto.

Curiosamente, el final repentino del barrio no supuso la terminación del paseo marítimo según contemplaba el proyecto original. La vía quedó parada en el límite norte del hospital y, a partir de allí, tierra yerma, como si el mundo conocido se acabara en ese punto. Frustrado el Plan de la Ribera (1971), no fue hasta la puesta en marcha del proyecto urbanístico de los Juegos Olímpicos que este sector de litoral tuvo un uso definido. Paradójicamente, uno de los lugares más miserables de la Barcelona del siglo XX se convirtió en uno de los más cosmopolitas a partir de 1992: la zona del puerto Olímpico y las *dos torres*.